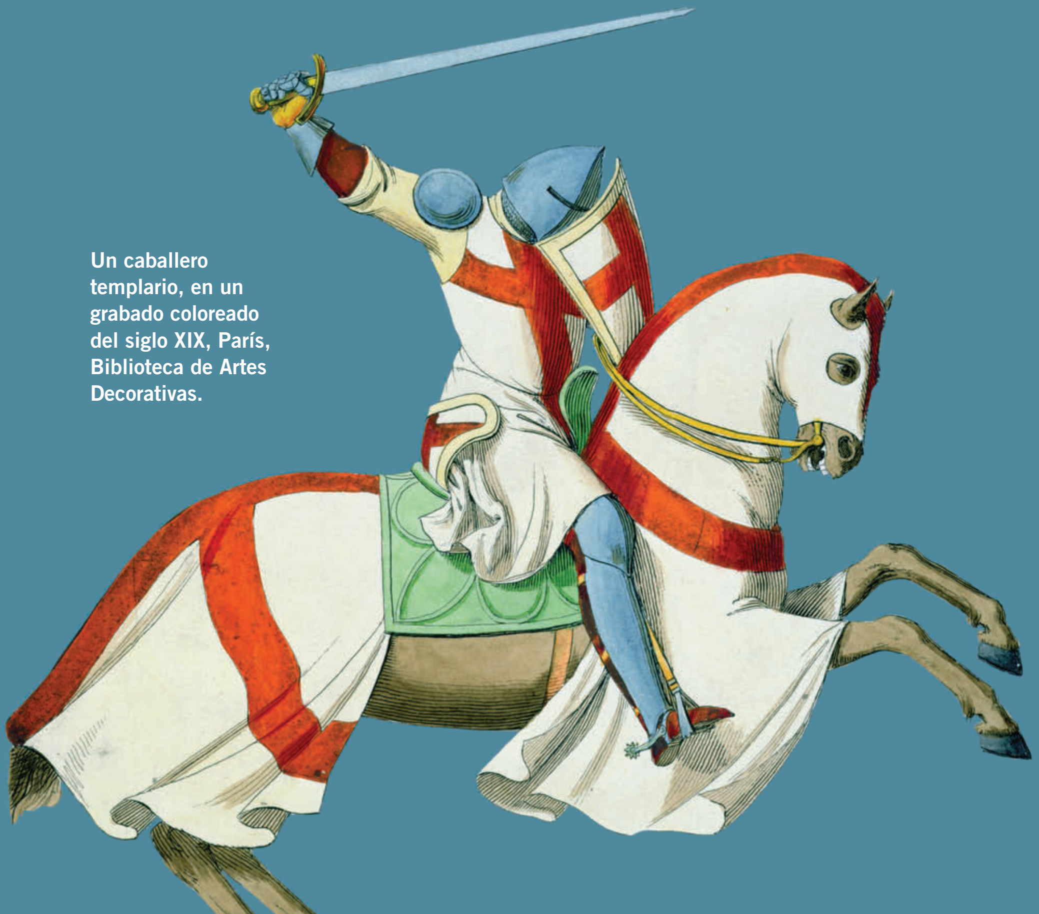
LOS SOLDADOS DE DIOS



Un caballero templario, en un grabado coloreado del siglo XIX, París, Biblioteca de Artes Decorativas.

64. **La cruz y la espada**
Alain Demuger

70. **Santiago, Calatrava y Alcántara. Lanzas de Castilla**
Julio Valdeón

74. **Los templarios, a la hoguera. La última batalla**
Jean-Claude Maire Vigueur

80. **Carne de leyenda. Los templarios y la antología del disparate**
Hubert Houben

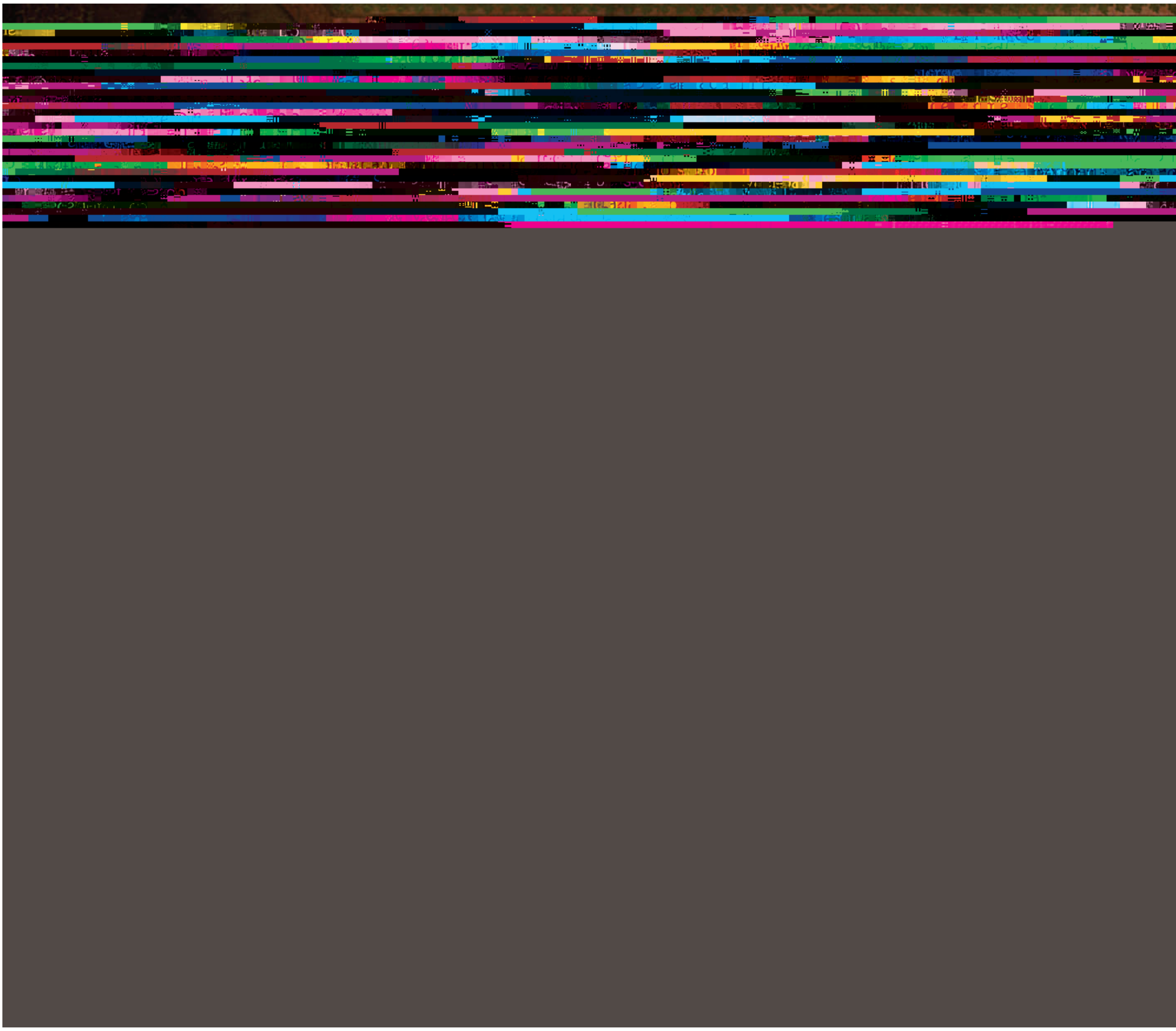
84. **Castigo de Dios. Los cruzados vistos por los árabes**
María Jesús Viguera

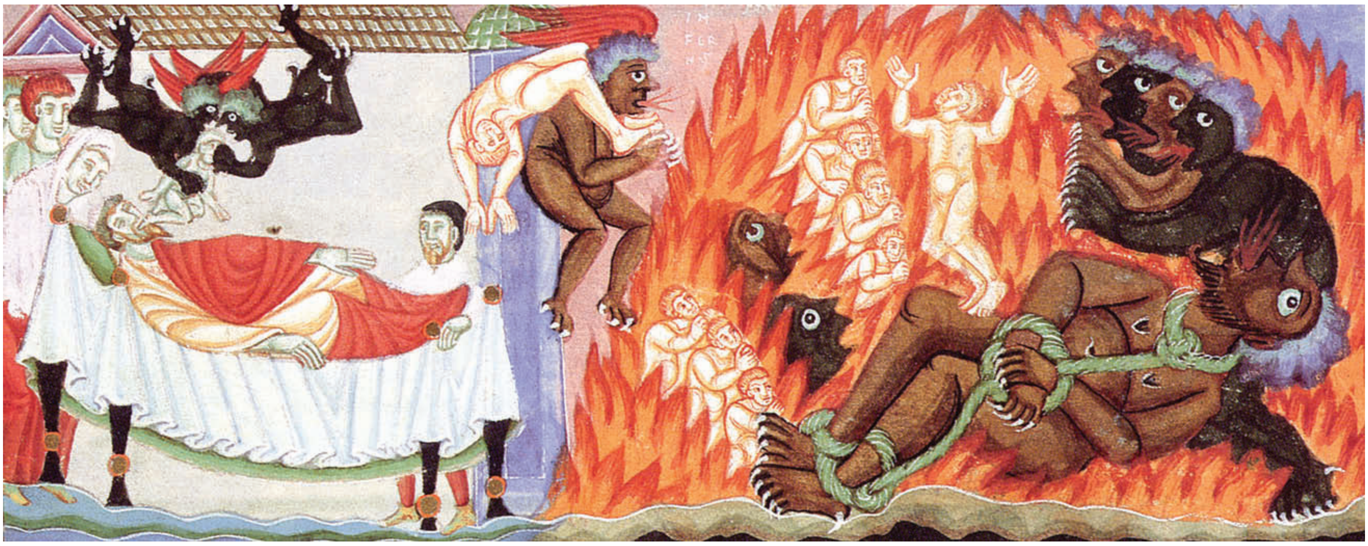
89. **De película. Las Cruzadas, éxito en el cine**
Pedro García Martín

El estreno de *El reino de los cielos,* de Ridley Scott, y el aluvión de novedades editoriales sobre los misterios de los templarios ponen de actualidad el mundo de las órdenes militares en la Edad Media. Mitad monjes, mitad soldados, los *soldados de Dios* nacieron para defender las rutas de peregrinación a Tierra Santa y terminaron siendo pequeños ejércitos, de composición plurinacional y con ramificaciones por toda la cristiandad

Las órdenes militares

LA CRUZ Y LA ESPADA





El infierno, en una representación del *Codex Aureus Epternacensis* (hacia 1030). La leyenda asocia a los templarios con **cultos demoníacos**.

Para asegurar un refugio al Santo Grial, se fundó como Nueva Jerusalén la ciudad de Montreal, cuyo nombre hace referencia al *Sangreal*, es decir, al cáliz de la Última Cena También Cristóbal Colón fue, en realidad, "un agente secreto del Temple": realmente era un marinero español de origen judío que sustituyó su nombre original por el falso nombre del Colombo genovés.

Y hay más: la mayor parte de los padres fundadores de Estados Unidos eran templarios convertidos en masones de rito escocés. Ellos fueron los verdaderos artífices de la nueva nación norteamericana, "independiente, lejana y libre del yugo de los soberanos europeos y de la influencia del Vaticano". Lástima que todo el castillo construido por Hatcher Childress se base en las arenas movedizas de textos absolutamente infundados. La fantasía del *Sangreal*, por ejemplo, proviene de los libros de Gérard de Sède *(Les Templiers sont parmi nous*, 1962; *L'or de Rennes*, 1967), que se han tomado en serio las historias absurdas de Berenger Saunière (1852-1917), cura de Rennes-le-Château, al pie de los Pirineos orientales, conocido falsificador de construcciones medievales esotéricas, entre los que figura una fantástica *Torre de Magdala*.

La crónica de Zeno

Un papel central en las historias de los presuntos viajes templarios al otro lado del Atlántico lo desempeña la llamada *Crónica de Zeno*, que habría sido redactada en 1380 por el veneciano Antonio Zeno que, junto con su hermano Nicolò, habría indicado el camino a Henry Sinclair –el pretendido descubridor de Canadá–. Se trata de una falsificación completa, utilizada por primera vez, según parece, por el norteamericano Frederick Pohl en su *Atlantic Crossing before Columbus* (1961) y, luego, por el escritor canadiense Michael Bradley, para su *The Holy Grail Across the Atlantic* (1988). Estos dos autores han escrito otros libros similares.

En esta mina de oro, sin embargo, ha aparecido hace pocos años la veta más rica: en el pasado no ha habido nada comparable a *El Código Da Vinci*, del americano Dan Brown, que ha vendido 17 millones de ejemplares y ha sido traducido a más de 40 idiomas. Los críticos se están interrogando sobre el enorme éxito de este texto. Al margen de que esté escrito de forma fascinante y con continuos golpes de escena que mantienen vivo el suspense, los lectores son obviamente atraídos por una historia que desmonta por completo todo lo que muchos de ellos consideran como hechos incuestionables. Como se pueden suponer, la obra bebe de todo el repertorio anterior, no hay un dato históricamente fiable y en ella –¿a que no lo adivinan?– los templarios juegan un papel primordial. ■

Los secretos de Rosslyn

Atracciones de notable interés turístico de Escocia son el cementerio templario y la capilla del Castillo de Rosslyn, considerados como "la síntesis arquitectónica de la masonería". En la mansión del siglo XV de la familia Sinclair, los templarios habrían conservado *concreta y simbólicamente*, sus secretos esotéricos, según sostiene el actual dueño del castillo, Andrew Sinclair.

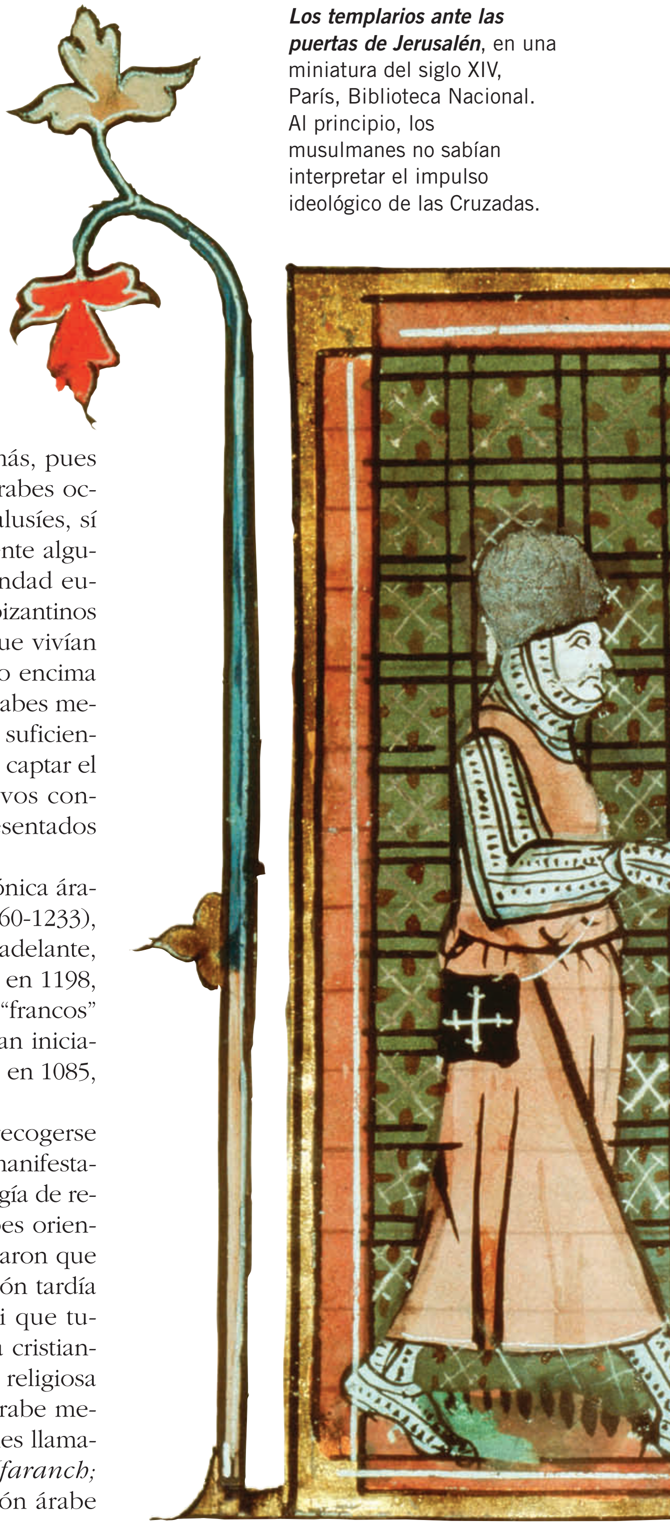
A los turistas se les muestran algunas esculturas de la capilla, que reproducen plantas típicas de América, como el maíz y el áloe, como pruebas del secreto viaje transoceánico antecolombino de Henry Sinclair. También se cuenta a los crédulos visitantes que la historia oficial se habría olvidado de que un miembro de la familia Sinclair, el general norteamericano Arthur Sinclair, de estirpe templaria, habría sido el séptimo presidente de los Estados Unidos ¡antes de George Washington! ¡Vaya cara!

A la fama del castillo escocés han contribuido algunos recientes libros, que sostienen que en los cimientos de la capilla de Rosslyn fueron escondidos los rollos de la comunidad de Qumrán, en el Mar Muerto, posteriormente descubiertos por los templarios. Estos manuscritos habrían contenido, entre otras cosas, una representación de la Jerusalén Celeste con los símbolos masónicos de la escuadra y el compás. Además, la cabeza con una herida en la sien izquierda esculpida en el portal occidental de la capilla representaría a Hiram, el arquitecto del Templo de Salomón... ¡Tela!

Los cruzados vistos por los árabes

CASTIGO DE DIOS

La llegada de los cruzados conmocionó el Próximo Oriente. **María Jesús Viguera** señala la sorpresa de los musulmanes, su desunión ante el peligro, el miedo provocado por la violencia, el temor ante la incesante llegada de refuerzos, la alegría por la reacción islámica y las victorias de Saladino



Los templarios ante las puertas de Jerusalén, en una miniatura del siglo XIV, París, Biblioteca Nacional. Al principio, los musulmanes no sabían interpretar el impulso ideológico de las Cruzadas.

Durante el siglo XI, V de la Hégira, la reacción de la cristiandad contra la expansión musulmana comenzó a producir efectos muy notables, con conquistas decisivas, logros militares, económicos y técnicos y rearmes ideológicos. Las Cruzadas en Oriente fueron uno de los episodios culminantes de esta reacción, que había invertido casi cuatro centurias en desarrollarse y marcar, al fin, el enorme viraje: desde la preponderancia musulmana de la Alta Edad Media hasta la europea, a partir del siglo XII.

Aparte del paralelismo que puede establecerse en los éxitos de la acometida de la cristiandad, tanto en tierras musulmanas de Occidente (al-Andalus y Sicilia) como de Oriente (en los dos siglos del dominio cruzado), hay que señalar, por lo que a la historia del Islam se refiere, que ambos espacios seguían derroteros políticos diferentes y sólo algunas peticiones de ayuda se cruzaban entre sus apartadas potencias, con escasa efectividad práctica.

Antes de la avalancha de los cruzados, los árabes orientales carecían de referencias directas sobre Europa y sobre los cristianos europeos, con excepción de las obtenidas *in situ* a través de los peregrinos a los Santos Lugares, y poco más, pues algunos textos y testimonios árabes occidentales, especialmente andalusíes, sí habían transmitido indirectamente algunas referencias. Pero la cristiandad europea –distinta de sus vecinos bizantinos y de los cristianos orientales que vivían en tierras del Islam– se les vino encima de pronto, sin que los textos árabes medievales de Oriente poseyeran suficiente perspectiva, y así no parecen captar el ímpetu ideológico ni los motivos concretos de aquellos ataques presentados como Cruzadas.

Es interesante que alguna crónica árabe, como la de Ibn al-Athir (1160-1233), sobre el cual volveremos más adelante, al relatar la toma de Antioquía, en 1198, indique que los ataques de los “francos” contra tierras islámicas se habían iniciado con su conquista de Toledo, en 1085, y de Sicilia, en 1091.

En al-Andalus sí llegaron a recogerse por escrito, en árabe, algunas manifestaciones cristianas sobre la ideología de reconquista, pero los textos árabes orientales de la Edad Media no captaron que las Cruzadas fueran una reacción tardía a la expansión musulmana, ni que tuvieran un ideal defensivo de la cristiandad. Así, ninguna connotación religiosa aparece en la denominación árabe medieval de los cruzados, a quienes llamaron genéricamente *francos (faranch; ifranch)*, ni en la denominación árabe

---

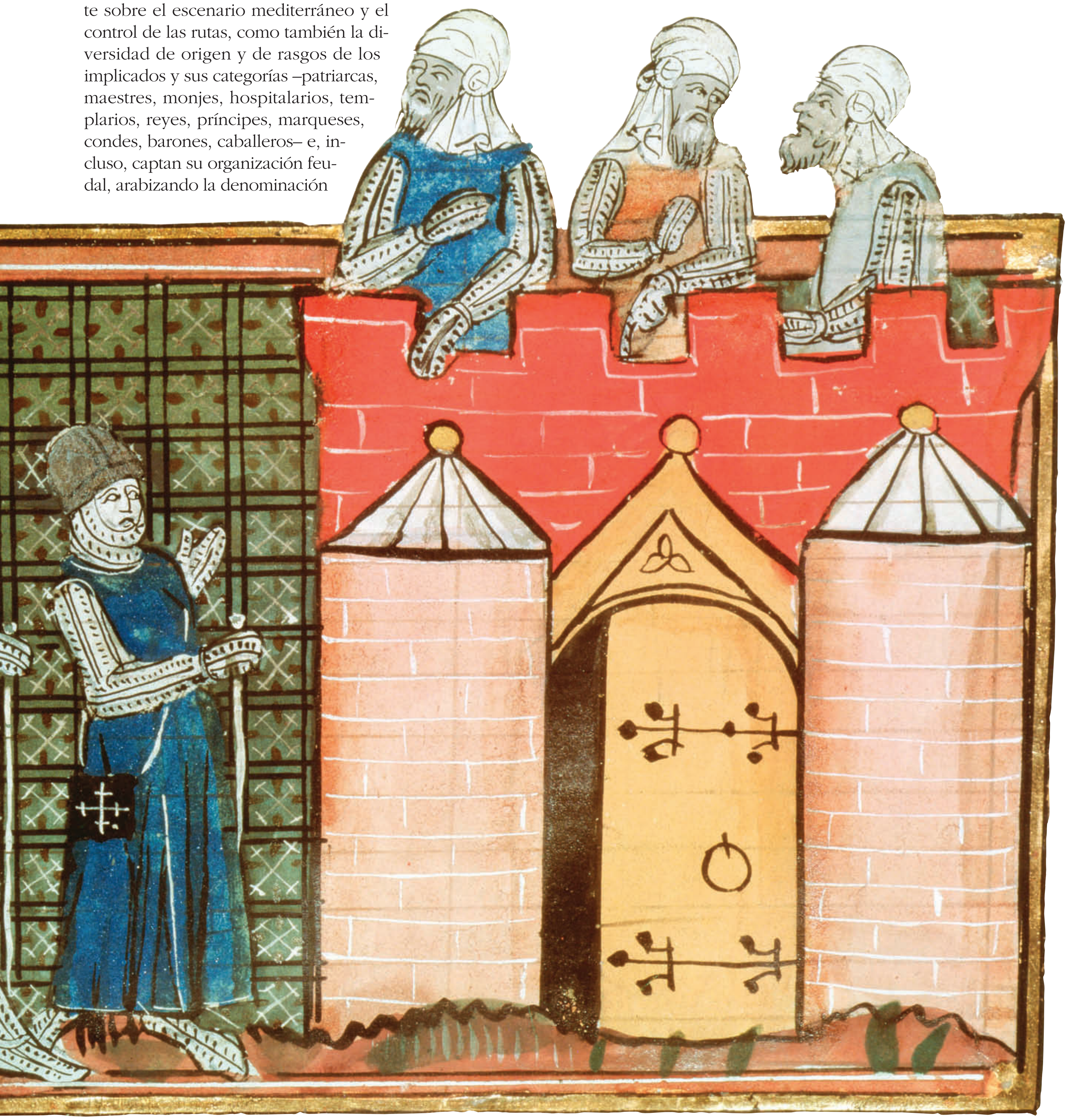
María Jesús Viguera Molins es catedrática de Estudios Árabes e Islámicos, Universidad Complutense, Madrid.

medieval de aquellas invasiones, a las que sólo modernamente se designa como *guerras cruzadas* (*al-hurub al-salibiyya*), por mero calco en árabe actual de su apelativo en lenguas europeas.

Los textos árabes medievales percibieron los diversos intereses políticos y económicos puestos en juego, especialmente sobre el escenario mediterráneo y el control de las rutas, como también la diversidad de origen y de rasgos de los implicados y sus categorías –patriarcas, maestres, monjes, hospitalarios, templarios, reyes, príncipes, marqueses, condes, barones, caballeros– e, incluso, captan su organización feudal, arabizando la denominación de alguna institución, como *vasallo*, que en árabe pasó a decirse *mafsul*.

En representación de los numerosos textos árabes existentes sobre las Cruzadas, recorreremos ahora los de dos cronistas que vivieron gran parte de lo que historiaron y que además se suceden cronológicamente, las expresivas memorias de un protagonista sirio y el relato de un viajero llegado a esos escenarios desde el Occidente mediterráneo.

El damasceno Ibn al-Qalanisi (1073-1160) fue testigo de los acontecimientos iniciales, cuya historia narró, con viveza



El **Qala'at Marqab**, en Siria, era una fortaleza musulmana del siglo XI que fue renovada en 1168 por los **hospitalarios**. Tan inexpugnable era que Saladino, en 1188, eludió ponerle cerco.

y muchos detalles, en su *Dayl ta'rij Dimaxq* ("Apéndice a la Historia de Damasco"). La crónica va recorriendo los sucesivos episodios, desencadenados por las primeras apariciones cruzadas en Asia Menor, sobre todo a partir de 1097, con ejércitos numerosos y organizados; las resistencias vanas de Kilij Arslan; las primeras grandes derrotas de los selyuquíes, cuya mortandad el cronista no oculta: "los francos descuartizaron al ejército turco"; las matanzas que provocan "un auténtico pánico; creciendo el espanto y la alarma". Los cruzados asoman por el norte de Siria y siguen sembrando la muerte, incluso entre los no musulmanes, pues cuando llegan a Jerusalén "los judíos fueron reunidos en su sinagoga y los francos los quemaron vivos"; y también entre los cristianos orientales.

Ibn al-Qalanisi identifica a los cruzados más significados, pero, en ocasiones, desconoce o prefiere desconocer a otros, con lo cual quiere dar la impresión de su cantidad e incesante flujo. Así, denomina como "cierto rey de los francos" al noruego Sigurd, aunque supiera perfectamente que "llegó por mar, con más de 60 naves llenas de guerreros para realizar la Peregrinación (a Jerusalén) y combatir en tierras del Islam".

Este cronista procura reflejar la congoja ante las llegadas masivas de francos. Ante la Segunda Cruzada, dirigida por Conrado de Alemania y Luis VII de Francia, anota atemorizado que "los reyes francos llegan de sus países para atacar tierras del Islam. Habían dejado vacíos sus países.... decíase que alcanzaban un millón de infantes y jinetes".

En otro lugar, acusa la inacción de las autoridades musulmanas y la hipocresía del califato de Bagdad y de otros emires ante las súplicas de muchos súbditos que, encabezados por sus cadíes, predicadores, ascetas e imames, les imploraban que actuasen y les defendieran. Y celebra, eufórico, el comienzo de la reacción musulmana y las primeras victorias, como la de Ilghazi, señor de Alepo, contra los francos de Antioquía en 1119: "¡Ningún triunfo igual fue otorgado al Islam en los años pasados!"

Temor y desunión

Otro gran cronista de las Cruzadas, seguramente el más perspicaz y mejor informado, fue Ibn al-Athir (1160-1233), de Mosul, donde residió gran parte de su vida, aunque también vivió en Bagdad, Damasco y Alepo, es decir, en los escenarios más implicados. Y, además, a partir de 1188, formó parte del ejército de Saladino. Escribió varias obras, entre ellas *al-Kamil fi-l-tarij (La historia perfecta),* considerada una de las fuentes principales sobre el período y, de modo especial, en lo que se refiere a Saladino y a la política interior de los francos, como cuando analiza el efecto de la coronación de Guido de Lusiñán como rey de Chipre y de Jerusalén.

Se interesó, con frecuencia, por la situación de los cristianos orientales, asentados allí desde antes de la expansión musulmana y demográficamente importantes en los territorios sirio-palestino-libaneses en que se desarrollaron las Cruzadas. En sus apuntes, las diversas comunidades cristianas –de rito griego,

TEXTOS FUNDAMENTALES

Varios tipos de textos árabes mencionaron sucesos ocurridos en Oriente Próximo en torno a las Cruzadas. El análisis de estas obras fue magistralmente establecido, sobre todo, por Claude Cahen, en su libro de 1940 *La Syrie du Nord à l'époque des Croisades*. Muchos de esos textos, aunque con selecciones y versiones discutibles, fueron reunidos en los cinco volúmenes dedicados a los *historiadores orientales* que forman parte de la antología titulada *Recueil des Historiens des Croisades*. Es muy útil la antología de Francesco Gabrieli, *Storici arabi delle crociate*, de 1957 (numerosas ediciones y traducciones al inglés y francés). Hay que recordar el interesante repaso de Amin Maalouf (1985, muy reeditado y traducido) : *Las Cruzadas vistas por los árabes*, donde selecciona un mosaico representativo de textos árabes, sobre los que extracta el desarrollo de los sucesos, culminados en su *epílogo* por una perspectiva de lo que hoy sigue significando aquel encuentro de Occidente y el Islam, aspecto cuyo análisis merece un estudio entero, y sobre el que Maalouf apunta, ejemplificándolo con algunos casos, que "el mundo árabe no puede dejar de considerar las Cruzadas como un mero episodio de un pasado concluido".

Obras mencionadas en el artículo:

Ibn al-Qalanisi: *De Dayl ta'rij Dimaxq* ("Apéndice a la Historia de Damasco"), del que existe una traducción por H.A.R. Gibb: *The Damascus Chronicle of the Crusades* (Londres, 1932, con reediciones posteriores).

Ibn al-Athir: *al-Kamil fi-l-tarij* (especie de Historia Universal traducida como *La historia perfecta*), editada por C. J. Tornberg, en 13 volúmenes).

Usama ben Munqid: *Libro de las experiencias.* El texto de esta excepcional autobiografía se ha conservado, como un prodigio, en un único manuscrito árabe, guardado en la biblioteca de El Escorial; editado y traducido en varias ocasiones, sobre él puede leerse la versión de Mercè Comes (1999).

Ibn Yubay: *Viaje*. Ha sido editado y traducido varias veces, la más reciente al español por M. Comes: *Dos viajeros musulmanes* (1999).

georgianos, armenios, maronitas, nestorianos, jacobitas, coptos, siríacos...– aparecen casi siempre entre la espada y la pared, despreciados por los occidentales y sospechosos para ambos bandos de connivencias con el enemigo... Así, cuando los cruzados avanzan contra Antioquía, el emir Yaghi Siyan obligó a los cristianos a limpiar los fosos: "Les hizo trabajar hasta el atardecer, y cuando quisieron volver a entrar, se lo impidió diciendo: 'Antioquía es vuestra, pero debéis dejármela hasta que resuelva el problema con los francos'; ellos le preguntaron: '¿Quién protegerá a nuestros hijos y mujeres?'; el emir les respondió: 'Yo lo haré por vosotros', y lo hizo, no permitiendo que se les tocara ni un cabello".

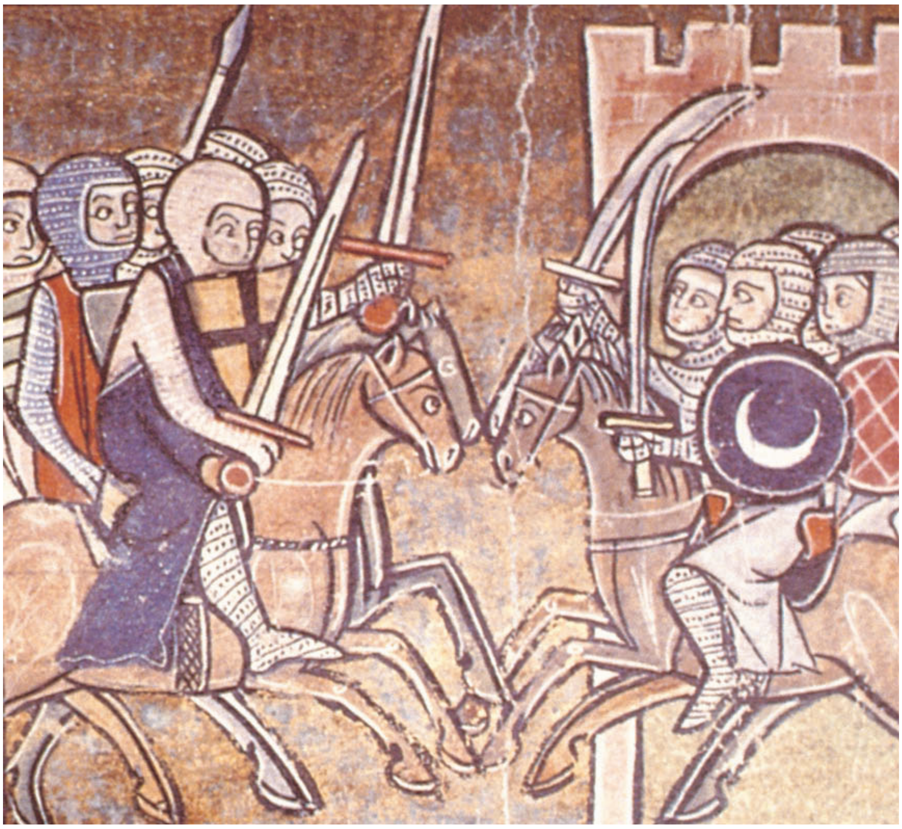
Pero Antioquía cayó en poder de los cruzados en 1098, que pasaron a cuchillo a sus habitantes. Lo mismo pasó en Maarra. Tanto Ibn al-Athir como las demás fuentes resaltan la brutalidad de los francos, en el terror que suscita el avance de aquellos guerreros de la Cruz.

Los francos irrumpieron en tierras de los fatimíes –cuyo califa acababa de arrebatar Jerusalén a los turcos– y conquistaron la ciudad santa, en julio de 1099. Ibn al-Athir resalta que "los francos masacraron a los musulmanes durante una semana". El terror que provocan, unido a la desunión musulmana, hace que las poblaciones huyan. Ese cronista halla en esos dos aspectos, temor y desunión, el origen de las derrotas: "Nada más ver al enemigo, las gentes de Emesa escaparon; lo mismo hicieron los de Damasco. Sólo quedaron los de Trípoli y, al advertirlo, Saint-Gilles les atacó con sus 200 soldados, les venció y mató a siete mil".

Reacción musulmana

El desastre islámico es visto por Ibn al-Athir como consecuencia de las querellas internas de los musulmanes, "causa de que los francos se hayan apoderado del territorio"; pero el cronista se pregunta por las razones de la invasión cruzada y, curiosamente, la restringe al proyecto de Balduino, a quien llama al-Barduwil, y a quien destaca entre todos los jefes francos, pues no en vano se proclamó rey de Jerusalén, organizó lo conquistado y lo amplió.

El cronista trasmite la angustia creada por la llegada de sucesivas oleadas de refuerzos francos llegados por mar, la incógnita de cuántos más llegarían, temiéndose "que fueran a ocupar toda Siria, pero Dios se compadeció de los musulmanes" y comenzó su reacción. Gracias, en primer lugar, al "don de los musulmanes", Zanki, gobernador de Mosul y Alepo, que recuperó Edesa en 1144, y a su hijo y sucesor, el gran Nur al-Din, unificador de Siria, al que el cronista dedica los mejores elogios, pues todo empieza a arreglarse con su gobierno, que dura 28 años, aunque, a partir de 1148, debió hacer frente a la Segunda Cruzada.



Combate entre musulmanes y cristianos, en una miniatura del siglo XV. Las crónicas árabes traducen la angustia ante la llegada de los cruzados, Londres, Museo Británico.

Había transcurrido medio siglo desde la primera y quienes llegaron entonces y se quedaron, y sus descendientes, ya eran considerados *francos de Siria*, diferenciados por Ibn al-Athir de los *francos extranjeros*, que ahora y en cruzadas sucesivas siguieron llegando. Algunos de aquellos *francos de Siria* no sólo hablaban árabe, sino que lo leían, como el conde de Trípoli, Raimundo III, muy alabado por Ibn al-Athir, no sólo por su afición a la cultura árabe, sino también porque fue aliado de Saladino.

El caudillo musulmán merece las alabanzas del cronista porque, entre otras acciones, supo aprovechar las disensiones internas de los francos, cuyos orígenes y diversas categorías distingue bien; por ejemplo, observa que los alemanes (*al-alman*) son "especialmente tenaces".

Condena con indignación las querellas internas de los musulmanes, el asesinato de personajes clave y pone en boca de los francos el desprecio que esto les suscita. A Balduino le hace decir, ante el asesinato, en 1119, del gobernador de Mosul, Togtekin, en una mezquita: "Quienes matan a su jefe en la casa de su Dios merecen ser exterminados".

A Saladino (1138-1193), que llega a proclamarse "rey de Egipto y de Siria", le presenta como un dechado de virtudes y sólo se permite algún reparo, aunque al final también tenga un efecto laudatorio, como cuando, para destacar aún mas su victoria en Hattin y la reconquista de Jerusalén, en 1187, recuerda que –según su biógrafo Baha al-Din– a su muerte, en la Hacienda pública sólo quedaba "un lingote de oro de Tiro y 47 dirhames".

Usama ben Munqid (1095-1188) fue un emir sirio cuya familia tuvo encomendado el enclave de Xayzar, al norte de Siria, donde ocupaba diversos altos cargos, lo cual le puso en el eje de las re-

صلاح الدين الايوبي
THE SHRINE OF SALADIN

Tumba de Saladino, en Damasco. El caudillo musulmán, autoproclamado rey de Egipto y Siria, conquistó Jerusalén en 1187.

“Dios nos ha enviado a los francos como una prueba para recordarnos nuestras faltas, empezando por las disensiones”

laciones con los francos. A partir de 1138, fue embajador del señor de Damasco, Muin al-Din, ante los cruzados de Jerusalén. Su testimonio sobre el primer siglo cruzado y sobre los diversos tipos de francos resulta muy valioso.

Usama había nacido poco antes del comienzo de los primeros desastres al norte de Siria, residió en la zona y frecuentó a los protagonistas. Por tanto, habla de lo que conoce y es capaz de entrar en análisis y matices. Con naturalidad, retrata el abigarrado mosaico humano de la zona, las desuniones políticas de los musulmanes –turcos selyuquíes, fatimíes, abbasíes y señores locales– los diferentes grupos de cristianos, judíos, musulmanes –estos últimos subdivididos no sólo por entidades políticas, sino religiosas: sunníes, chiíes, ismailíes o asesinos– y étnicas –árabes, turcos y kurdos.

En sus *Memorias*, la interferencia religiosa se personaliza y adquiere una dimensión flexible. Usama constata que “la estupidez de los francos culmina cuando se trata de asuntos relacionados con la religión. “Me hallaba un día con Muin al-Din Anur, en Jerusalén, y al llegar a la Mezquita de la Roca, un franco se acercó a decirle: ‘¿Quieres ver a Dios niño?’, mostrándonos una imagen de María con Jesucristo –bendígale Dios– niño, sentado sobre sus rodillas. ‘He aquí a Dios niño’, dijo extasiado nuestro guía. Nosotros, felizmente, sabemos que la majestad del Altísimo se burla de todo lo que puedan decir los impíos. Mis amigos los templarios, debo confesarlo, eran de un tipo completamente diferente.... de viaje en Jerusalén, marché a su Gran Mezquita, a cuyo costado había un pequeño oratorio que los Francos habían convertido en iglesia; siempre que yo iba a la Mezquita, los templarios me dejaban rezar en este oratorio”.

La percepción así se aproxima y humaniza: “Estos Francos que me han acompañado, de cerca o de lejos, a lo largo de mi vida, ¿cómo debo considerarles, hoy ya cerca de mi muerte? Dios nos los ha enviado, seguro, como una prueba, para recordarnos nuestras faltas, empezando por la peor, nuestras disensiones... Al principio, yo me preguntaba a menudo si ellos irían pareciéndose poco a poco a nosotros, pudiendo creer, a través de algunos de ellos, en tal milagro: no tanto que abrazaran nuestra fe, pero al menos que, permaneciendo cristianos, aprendieran nuestra lengua y compartieran, como los cristianos de nuestra tierras, la vida con sus hermanos musulmanes. Pero los Francos, en su conjunto, no han querido ni una cosa ni otra (...). Tantas diferencias, a menudo chocantes, no se atenuaron con los años”, concluye Usama.

Un andalusí en las Cruzadas

El andalusí Ibn Yubayr (Valencia, 1145-Alejandría, 1217), puso por escrito los recuerdos de su primer viaje a Oriente, entre 1183 y 1185, cruzando el Mediterráneo y volviendo a surcarlo, entre 1189 y 1191, y aún realizó un tercer viaje de ida, ya sin retorno. Su *Viaje* ha sido editado y traducido en varias ocasiones, la más reciente al español por M. Comes: *Dos viajeros musulmanes*, en 1999.

Sus constataciones son muy ricas y variadas, por ejemplo sobre la proximidad del peligro: “El mencionado monte del Líbano es la frontera entre el territorio de los musulmanes y el de los francos, porque detrás están Antioquía, Latakia y otras ciudades. ¡Quiera Dios devolverlas a los musulmanes! En la ladera del monte hay una fortaleza llamada Hisn al-Akrad (“Fortaleza de los Kurdos”); pertenece a los francos y desde ella hacen incursiones sobre Hama y Hims (Edesa), que la tienen al alcance de la vista”.

Se extiende sobre las divisiones entre los musulmanes, como al describir Damasco: “En esta ciudad los chiíes tienen muchísima influencia y son más numerosos que los sunníes. Han difundido por la ciudad sus doctrinas y se dividen en varias sectas: los rafidíes, los imamíes y los zaydíes, los ismailíes y los nusayríes. También están los gurabíes... Son tan numerosas estas sectas que sería difícil enumerarlas. Dios los ha extraviado y, por ellos, a muchas de sus criaturas”.

No escatima los elogios a los sultanes beneficiosos, como Nur al-Din, a quien “sucedió en el cargo Saladino, cuya virtuosa trayectoria es bien conocida y su importancia entre los reyes es grande”. Interesan también sus observaciones sobre cómo, pese a las guerras, la actividad comercial sigue: “La gente de guerra se ocupa de su guerra y los demás gozan de bienestar. Lo mismo en las guerras civiles entre los emires y reyes musulmanes: no afectan ni a los súbditos ni a los mercaderes; la seguridad no les abandona en ninguna circunstancia, tanto en la paz como en la guerra”. Cruzados y musulmanes vivían como fronterizos, en alerta, como en al-Andalus.

Lo mismo que para la historiografía y las mentalidades europeas, también para los árabes medievales, las Cruzadas fueron un episodio muy importante y atendido en numerosos textos, algunos contemporáneos a los acontecimientos, que los reflejaron en la forma vehemente y compleja de la que hemos puesto ejemplos. Destaca en los textos árabes la capacidad de autocrítica, el incremento progresivo de información y análisis de la situación, la consideración matizada de las reacciones musulmanas y el reflejo de los cruzados como enemigos de la Fe, eje de descalificaciones sobre su moralidad, carácter y costumbres, aunque esos mismos textos individualizan rasgos y alaban conductas de algunos *ifranch*, además de ensalzar su valor como atributo general. ■

Las Cruzadas: un éxito de PELÍCULA

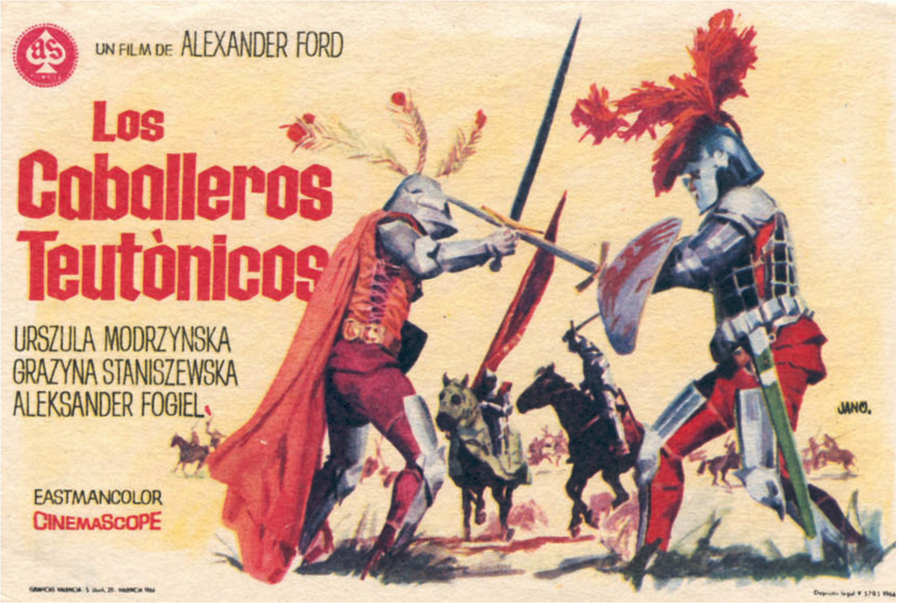
El estreno de *El reino de los cielos* constituye la continuidad del cine de Cruzadas, en el que **Pedro García Martín** encuentra más un género de aventuras que una reconstrucción historicista, más una expectativa de negocio que un proyecto con pretensiones ideológicas

La sensación cinematográfica de la primavera es el estreno de la película *El reino de los cielos*, del director inglés Ridley Scott *(Gladiator, Black Hawk derribado, Blade Runner),* que versa sobre un episodio de las Cruzadas y cuyo estreno mundial (6 de mayo) ha estado rodeado de la polémica. Ya hay reclamaciones en los tribunales sobre la paternidad de la idea y una pequeña tormenta intelectual y mediática sobre el controvertido choque de las religiónes. Antes de que la película hubiera sido vista ya había quien aseguraba que los musulmanes eran maltratados y quien, por el contrario, afirmaba que la recreación ambiental magnificaba su tolerancia y cultura frente al fanatismo y la barbarie que atribuye a los cruzados. El estreno permite que finalmente cada cual haga su propio juicio.

Las Cruzadas constituyen un tema recurrente en la historia del cine. Las banderas de la Cruz y la Media Luna, las batallas campales y los asaltos a castillos, la conquista y la reconquista de Jerusalén, han sido filmadas por sucesivas generaciones de directores. En los mismos balbuceos del cine mudo asistimos al nacimiento del género cruzado. De esta forma, las producciones pioneras serán la *Gerusalemme liberata* (Italia, 1918), de Enrico Guazzioni, que adapta con las limitaciones del momento el poema

Pedro García Martín es profesor titular de Historia Moderna, Universidad Autónoma de Madrid.

Fotograma de *El reino de los cielos*, de Ridley Scott. Cada generación ha aportado su propia versión cinematográfica de las Cruzadas.



En 1960, **Alexander Ford** rodó en Polonia *Los caballeros teutónicos*, con este cartel anunciador.

épico de Torquato Tasso, así como el *Ricardo Corazón de León* (EE. UU., 1923), de Chet Withey, que hace lo propio con la novela *El talismán*, de Walter Scott.

De mayor calado serán las dos obras maestras del período de entreguerras. Una, *Las Cruzadas* (EE. UU., 1935), de Cecil B. De Mille, fue creada en el marco de la primera edad dorada de Hollywood, sin reparar en gastos. La otra, el *Alexander Nevski* (URSS, 1938), de S. M. Eisenstein, recurre a la música de Prokofiev y las épicas secuencias de la batalla del lago Chud, para ensalzar al pueblo ruso, unido en torno a su príncipe contra los invasores caballeros teutónicos.

La figura legendaria de Ricardo Corazón de León tomará el relevo del protagonismo de las masas. De ahí que se sucedan *Ivanhoe* (EE. UU., 1952), de Richard Torpe; *Ricardo Corazón de León* (GB, 1954), de David Butler, y *El león en invierno* (GB, 1968), de Anthony Harvey, que son parte del elenco clásico del cine de aventuras en el mundo anglosajón.

Más altibajos arrojan las filmografías nacionales. *Los caballeros de Jerusalén* (Alemania, 1955), de Walter Reisch, pasó sin pena ni gloria por las pantallas, mientras *La Jerusalén libertada* (Italia-España, 1957), de Carlo Ludovico Bragaglia, deformó las historias contenidas en los poemas de Tasso en aras de un supuesto lucimiento de sus actores.

El retorno del cruzado vencido por el tiempo más que por las armas, hace de *El séptimo sello* (Suecia, 1956), de Ingmar Bergman, una obra maestra del existencialismo, un trasunto de los traumas calvinistas de su creador. En paralelo a esa partida de ajedrez que el caballero juega con la muerte, se evidencian las dudas metafísicas del señor, el escepticismo del escudero, los flagelantes y los cómicos que ven cernirse sobre ellos a la Peste Negra, para, al fin, sucumbir a la danza de la Dama Negra guadaña en mano. En la línea argumental de Eisenstein, *Los caballeros teutónicos* (Polonia, 1960), de Alexander Ford, basada en una novela del autor de *Quo Vadis*, recrea la resistencia polaca al gran maestre teutónico.

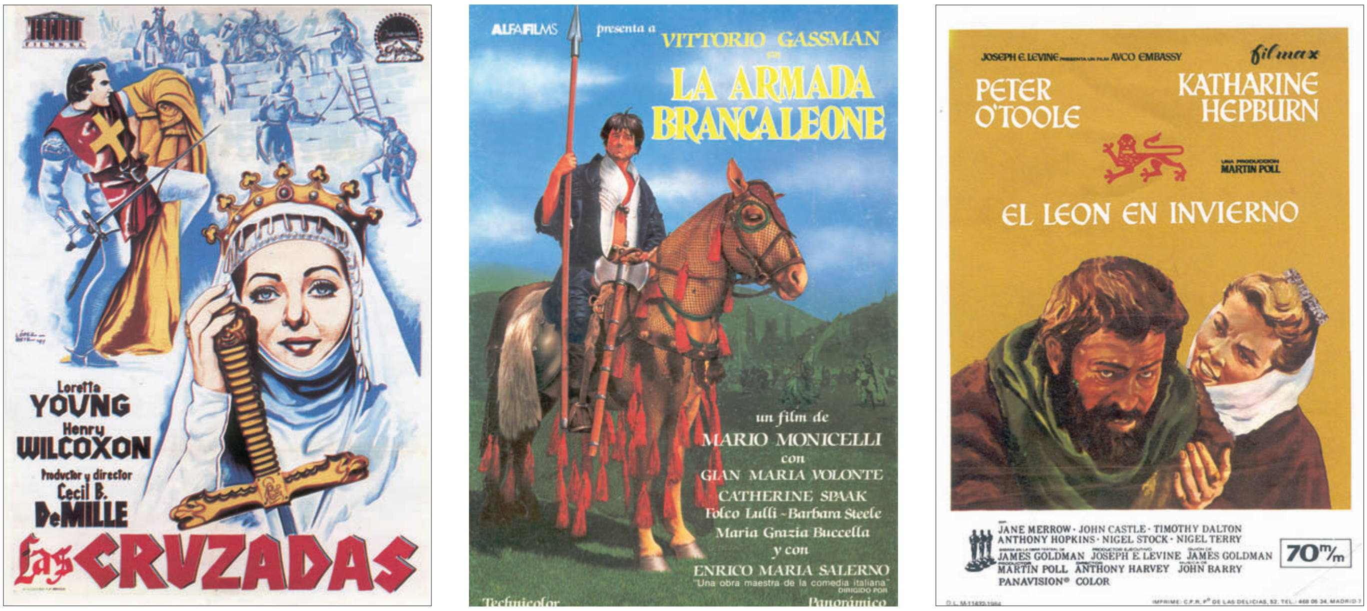
La visión árabe

Pero faltaba la versión árabe del fenómeno cruzado y de la creación de los reinos latinos en Tierra Santa, como ha planteado el escritor Amin Maalouf en su obra *Las Cruzadas vistas por los árabes*. Por eso resulta una excepción la película *Saladino* (Egipto, 1967), de Ahmad Mazar. Es una obra rodada con las mismas armas hollywoodienses –cuidadoso vestuario, espléndidos exteriores, abundancia de extras– y, también, con sus mismas rémoras que la envuelven en la paradoja de tocar a las actrices egipcias con los peinados a la moda, maquillarlas con afeites de marca, recortar barbas y bigotes al modo de los galanes internacionales o simular luchas cuerpo a cuerpo como en el género del Oeste.

Bajo esta capa anecdótica se ocultaba un proyecto político: el discurso nacionalista de Gamal Abdel Nasser. Desde que derrocó al rey Faruk en 1952, defendió al frente de la república la nacionalización del canal de Suez, la federación panárabe y la alianza con la URSS, lo que le llevó a no pocos encontronazos con las po-

FILMOGRAFÍA

Gerusalemme liberata (Italia, 1918), Enrico Guazzioni.
Ricardo Corazón de León (EE. UU., 1923), Chet Withey.
Las Cruzadas (EE. UU., 1935), Cecil B. De Mille.
Alexandre Nevski (URSS, 1938), S. M. Eisenstein.
Ivanhoe (EE. UU., 1952), dir. Richard Torpe.
Ricardo Corazón de León (GB, 1954), David Butler.
Los caballeros de Jerusalén (Alemania, 1955), Walter Reisch.
El séptimo sello (Suecia, 1956), Ingmar Bergman.
La Jerusalén libertada (Italia-España, 1957), Carlo Ludovico Bragaglia.
Los caballeros teutónicos (Polonia, 1960), Alexander Ford.
La armada Brancaleone (Italia, 1965), Mario Monicelli.
Saladino (Egipto, 1967), Ahmad Mazar.
Cruzada en la mar (España, 1968), Isidoro M. Ferry.
El león en invierno (GB, 1968), Anthony Harvey,
Brancaleone en las Cruzadas (Italia, 1970), Mario Monicelli.
Los caballeros de la Mesa Cuadrada y sus locos seguidores (GB, 1974), Monty Python.
Marco Polo (Italia, 1983).
El nombre de la fe (Bulgaria, 1989), Lyudmil Sataikov.
Indiana Jones y la última cruzada (EE. UU., 1989), Steven Spielberg.
Jerusalén (Suecia, 1996), Bille August.
El reino de los cielos (EE. UU., 2005), Ridley Scott.
Soldado de Dios (EE. UU.), en preparación.


Loretta YOUNG
Henry WILCOXON
Productor y director Cecil B. DeMILLE
Las CRUZADAS
ALFAFILMS presenta a
VITTORIO GASSMAN en
LA ARMADA BRANCALEONE
un film de MARIO MONICELLI
con GIAN MARIA VOLONTE
CATHERINE SPAAK
Folco Lulli - Barbara Steele
Maria Grazia Buccella
y con ENRICO MARIA SALERNO
"Una obra maestra de la comedia italiana"
Technicolor
Panorámico
JOSEPH E. LEVINE presenta un film AVCO EMBASSY
filmax
PETER O'TOOLE
KATHARINE HEPBURN
UNA PRODUCCION MARTIN POLL
EL LEON EN INVIERNO
JANE MERROW · JOHN CASTLE · TIMOTHY DALTON
ANTHONY HOPKINS · NIGEL STOCK · NIGEL TERRY
JAMES GOLDMAN JOSEPH E. LEVINE JAMES GOLDMAN
MARTIN POLL ANTHONY HARVEY JOHN BARRY
PANAVISION® COLOR
70m/m

Las Cruzadas (1935), de Cecil B. De Mille, es la tercera película del género. Carteles de ***La armada Brancaleone*** (1965) y ***El león en invierno*** (1968).

tencias occidentales. De ahí el interés por llevar a las pantallas la guerra santa contra los francos invasores, como un remedo presentista, en el que el caudillo vencedor que conquista Jerusalén sería Saladino en lugar de un monarca europeo. Sin embargo, el líder del panarabismo vio cómo la película se estrenaba al tiempo que su ejército era derrotado por Israel en la Guerra de los Seis Días.

Esta lectura islamista de las Cruzadas apenas aparecerá en la filmografía occidental, como en un capítulo de *Marco Polo*, serie italiana de televisión, en el que los templarios atacan un poblado de nómadas o en *El reino de los cielos*, con el protagonista que duda de su fe.

Humor, aventura y drama

En la segunda mitad del siglo XX, el humor invade el género, como en las cintas de Mario Monicelli *La armada Brancaleone* (Italia, 1965) y *Brancaleone en las Cruzadas* (Italia, 1970); también el sarcasmo, como destila la obra *Los caballeros de la Mesa Cuadrada* (GB, 1974), de Monty Python, o la ironía aventurera con que Spielberg rodea a *Indiana Jones y la última cruzada* (EE. UU., 1989). Y aunque no desaparecerán los registros dramáticos en el tratamiento de Cruzadas (*El nombre de la fe*, de Lyudmil Sataikov) y peregrinaciones milenaristas (*Jerusalén*, de Bille August), será con Ridley Scott con quien volvamos al planteamiento panorámico, épico y coral que el tema suscitó en el pasado.

Respecto a *El reino de los cielos*, cabe decir que no habría estado de más que el guionista recordase a los espectadores que la acción de esta película tiene lugar mucho después de la toma de Jerusalén, en el año 1099, que las Cruzadas fueron ocho, que la presencia cristiana en Tierra Santa se prolongó durante dos siglos y que los personajes que entrecruzan sus vidas en la película deben ser encuadrados en el último tercio del siglo XII, cuando la reacción de los musulmanes les llevará a reconquistar Jerusalén liderados por Saladino. Luego, nos hallamos en la noche que precede a la batalla, pero no una más de las Cruzadas, sino la que libraron en 1187 tropas islámicas y cristianas en las alturas de Hattin, de la que salieron malparados los cruzados, cuyos días en Tierra Santa estaban contados.

Era de esperar que el director trufase este contexto a base de escaramuzas en el desierto, amoríos entre desiguales y los valores del bien: honor, justicia y cortesía, tal como había hecho en su filmografía historicista anterior. Al fin y al cabo, tales licencias líricas y épicas están presentes en el género cruzado desde el poema de Torquato Tasso hasta la novela de Walter Scott.

Más complicado es el trasunto ideológico. Desde el momento en que sus personajes, templarios y musulmanes, evocan el principio de la guerra santa y de la *yihad*, ya ha surgido el enfrentamiento entre partidarios y detractores. En un extremo, los radicales islamistas dicen que la película distorsiona la imagen del mundo musulmán; en el otro, los radicales occidentales quieren adivinar el trasunto de Osama Bin Laden detrás del perfil de Saladino.

La pasión de unos y otros está concediendo una importancia histórica desmedida a la intención de Ridley Scott. Sobre todo, cuando éste ha declarado que los caballeros que guerrean en las Cruzadas tienen los mismos valores que los *cowboys* y que "mejor es vivir en paz que en guerra permanente". ¿Acaso no hemos reparado en este anacronismo y en este deseo obvio? ¿Es que tales evidencias no nos están hablando de un director que lo que ha querido es rodar "una de aventuras" que tenga una buena recaudación en taquilla? Muchas veces rodeamos de complejidad lo que no es más que una simpleza ■

PARA SABER MÁS

AYALA, C., *Las Cruzadas*, Madrid, Sílex, 2004.
BECK, A., *El fin de los templarios. Un exterminio en nombre de la legalidad*, Barcelona, Península, 2002.
DEMURGUER, A., *Auge y caída de los templarios*, Madrid, Martínez Roca, 2000.
VALDEÓN, J., *La Baja Edad Media*, Madrid, Anaya, 2005
VARA, C., *El lunes de Las Navas*, Jaén, Universidad de Jaén, 1999.
VIGUERA, M. J., "De los taifas al Reino de Granada, Al Andalus siglos XI-XV", *Historia 16*, 1995.
En ***La Aventura de la Historia***:
Núm. 7, mayo 1999, Dossier: "Morir por Jerusalén".
Núm. 52, enero 2003, Dossier: "Los reinos cruzados en Tierra Santa".